

**Original catalán en: FE I VALORS HUMANS**  
**MISCEL·LÀNIA EN HONOR DEL DR. JOSEP GIL I RIBAS**  
**Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2014**  
**Traducción de JAIME COMABELLA**

## **ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA ESCATOLOGÍA**

**Josep Giménez**

Participar, con esta contribución, en el acto de homenaje al profesor Dr. Josep Gil reviste una singular importancia para mí. En efecto, como actual profesor encargado de la asignatura “Antropología III – Escatología”, en la Facultad de Teología de Cataluña, tengo el honor de sucederle en esta tarea docente de transmitir a los alumnos los contenidos de la asignatura, procurando ayudar a “dar razón de la esperanza” tal como nos prescribe la carta de Pedro (3,15).

Por otra parte, no ha sido esta sola mi relación con el profesor Gil: él también formó parte del tribunal de mi tesis sobre la cristología de san Juan de la Cruz y agradecí sus oportunas observaciones sobre mi trabajo. No estaba yo, en efecto, "destinado" a sucederle en la enseñanza de esta asignatura, Escatología. Y, así, el hecho de haber trabajado en una tesis sobre la mística de san Juan de la Cruz, por una parte, y el de sucederle en la enseñanza de la Escatología, por otra, han podido favorecer una cierta "síntesis" que, inevitablemente, se hace presente una y otra vez en mi reflexión sobre la materia.

Por eso mismo, aparte de unirme a este homenaje, el hecho de reflexionar, en esta modesta contribución, sobre planteamientos de la escatología, asignatura en la que me adentró el profesor Gil, reviste el carácter de diálogo entre profesor y alumno o, mejor dicho, entre maestro y discípulo. Un diálogo que reviste, sobre todo, el carácter de reconocimiento y de agradecimiento.

\*\*\*\*\*

► Estas reflexiones quieren plantearse –si se nos permite hablar en términos kantianos– las "condiciones de posibilidad" del discurso escatológico. ¿Qué es escatología? ¿Por qué? ¿Cómo? O ¿desde dónde hacerla?

El recurso, obvio y orientador, a la etimología nos informa que la palabra viene de la combinación de dos palabras: *eschatos*: último, y *logos*: discurso, palabra. La escatología sería, pues, la última palabra.

Trasladado al ámbito de la reflexión teológica, esto implicaría que la escatología sería el último tratado de la teología sistemática, tratado que seguiría a los "grandes tratados" teológicos sobre Dios Uno y Trino, sobre la cristología, sobre la creación, gracia, pecado, Iglesia...

Pues bien, dicho esto, podemos preguntarnos, ¿a qué se refiere el *eschatos* del combinado formado por escato-logia?

1. Una primera respuesta sería decir que *eschatos* se refiere a los *eschata*, es decir, a lo que tradicionalmente se llamaba "lo final" o "lo último"<sup>1</sup>. La escatología sería entonces un saber sobre las postrimerías. Y no olvidemos la afirmación baconiana, según la cual "saber es poder". Por lo tanto, "saber sobre las postrimerías" se convierte en un "poder sobre las postrimerías". Ciertas interpretaciones del "todo lo que aten en la tierra quedará atado en el cielo y todo lo que desaten en la tierra quedará desatado en el cielo" (Mt 16,19), podrían ir por ahí... Todo ello –no hay que negarlo– tiene un cierto regusto "apendicular" que se adecuaría muy bien con lo que dijo Ernst Troeltsch: "el despacho escatológico permanece normalmente cerrado". Ahora bien, el hecho de que la reflexión escatológica aparezca como una reflexión meramente "apendicular" puede ser sólo un problema académico. Pero no deja de ser cierto que todos los planteamientos teóricos deben hacerse la pregunta *¿cui bono?*, es decir, en favor de quién o de qué, en interés de qué o de quién existen. Y convertir la reflexión escatológica en una reflexión meramente "apendicular" puede querer significar posponer para un "más allá" incierto<sup>2</sup> la aspiración a la consumación que anida en todo corazón humano y no dejar que esta consumación afecte la historia por todo lo que pueda tener de incómoda y de subversora del *status quo*. Esta situación que presentamos, sin embargo, no iba a durar demasiado. Una especie de "giro copernicano" tuvo lugar en el ámbito de la reflexión teológica y la escatología se convirtió en su punto de mira. "Todo cristianismo que no sea escatológico no es cristiano" - sentenciará Karl Barth en su clásico comentario a la carta a los romanos- y Hans Urs von Balthasar, aludiendo humorísticamente a la frase de Troeltsch, responderá que, del despacho escatológico, no sólo se había quitado el letrero de "cerrado por reformas", sino que, incluso, se hacían horas extraordinarias ... Y, así como la metafísica es lo que viene después de la física, pero, de todos modos, impregna todo el pensar filosófico, la escatología se convirtió en una dimensión de reencuentro de todo el pensar teológico.
2. Una segunda respuesta sería decir que *eschatos* se refiere al *Eschaton*, es decir, a lo que nos afecta en última instancia (el *ultimate concern* de Paul Tillich). Escatología sería, pues, palabra última, radicalmente última, que sólo Dios podría decir. En este sentido, la reflexión

---

<sup>1</sup> Cuando la teología se hacía en latín, los manuales dedicados a esta temática llevaban por título "tractatus de novissimis".

<sup>2</sup> "¡Largo me lo fiáis!" –exclamaba desafiante Don Juan Tenorio.

escatológica se convertiría en algo inaccesible al ser humano. ¿Como podríamos cultivar este ámbito de la reflexión teológica si sólo Dios puede decir la última palabra?

3. Una tercera respuesta a la pregunta planteada podría ser: *eschatos* se referiría a los *eschatoi*, los últimos. Por estos se entiende a los pobres, los marginados, las víctimas, en definitiva, todo este conjunto de hombres y mujeres que el Antiguo Testamento llama los *anawim*. Entonces la escatología sería "la última palabra dicha desde los *eschatoi*". Monseñor Romero (el obispo de San Salvador que fue asesinado mientras celebraba la eucaristía) hablaba de convertirse en "la voz de los sin voz".

► Retomamos, entonces, el hecho que "escatología" significa "última palabra". Cabría preguntarnos si hay, realmente, una "última palabra". Porque el hecho es que cuestionarse la existencia de una "última palabra" implica también cuestionarse la existencia de una "primera palabra". "¿Por qué existe algo y no más bien nada?" –se preguntaba Leibniz y se volvía a plantear el filósofo existencialista Martin Heidegger.

De hecho, creer en la creación no sólo supone afirmar que hay realidad y tratar de darle una explicación causal, sino afirmar que esta realidad es fruto de una decisión amorosa de Dios que quiere que lo que no es exista. Los místicos entendieron muy bien esto: "Una esposa que te ame, mi Hijo, darte quería" –cantaba San Juan de la Cruz. La creación es presentada, pues, en términos de un amor sponsal... "Y con este dicho que dijo el mundo creado había"<sup>3</sup>. La creación es una "palabra de amor". Quien también comprendió bien esto fue Francisco de Asís cuando, ciego y abatido por el fracaso, entonó el *Cántico de las criaturas*. Y, mucho antes, el salmista decía: "¡la tierra está llena de su Amor!" (Salmo 33). Resulta, pues, que, como ya decía San Agustín, los relatos de la creación no pretenderían tanto decirnos cómo se hicieron los cielos y la tierra, sino cómo debemos hacer para ir al cielo y cómo debemos hacer para que la tierra ya sea una preguatación del cielo. La primera palabra (*prôtos logos*) fue, por tanto, una palabra de amor. ¿Lo será la última (*esjatos logos*)?

En cualquier caso, una cosa es cierta, *sólo Dios puede decir la primera palabra*. De hecho, la forma verbal hebrea para hablar del acto creador (*barah*) sólo puede tener un sujeto: Dios. Sólo Dios puede crear en el auténtico sentido de la palabra. Sólo Él puede decir, pues, la primera palabra. Igualmente, *sólo Él puede decir la última palabra*: la parábola del juicio final (Mt 25, 31-46) o la parábola del trigo y la cizaña (Mt 13, 24-30.36-43) son confirmaciones bien expresivas de esta afirmación. ¿Dirá Dios esta última palabra? ¿Será esta última palabra (*esjatos logos*) una palabra de amor, como lo ha sido la primera? ¿O será diferente?

De hecho, en 2 Co 1,18-20 podemos leer:

Dios es testigo fiel: la palabra que les dirigimos no es ahora sí, ahora no. *El Hijo de Dios, Jesucristo*, que hemos anunciado entre ustedes, tanto yo como Silas y Timoteo, *no ha sido*

---

<sup>3</sup> A sus romances sobre "*In principio erat Verbum*", escritos en la cárcel conventual de Toledo.

*nunca ahora sí, ahora no: ¡en él sólo existe el sí! En Jesucristo, todas las promesas de Dios han encontrado un «Sí», y por ello, gracias a él, decimos "Amén" a Dios y le damos gloria.*

Y en Ap 1,8:

Yo soy el Alfa y la Omega, dice el Señor, el que es, el que era y el que viene, el Dios del universo.

O sea que Dios no se desdice de su Palabra porque es fiel a su Amor. Además, Dios es el Alfa y la Omega, la primera y la última palabra del alfabeto griego, pues en Él esta primera y última palabra coinciden del todo.

En su obra, *Subida del monte Carmelo*, san Juan de la Cruz afirma:

En lo cual<sup>4</sup> da a entender el Apóstol que Dios ha quedado como mudo y no tiene más que hablar, porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado en el todo, dándonos al Todo, que es su Hijo...Si te tengo ya habladas todas las cosas en mi Palabra, que es mi Hijo, y no tengo otra, ¿qué te puedo yo ahora responder o revelar que sea más que eso? Pon los ojos sólo en Él, porque en Él te lo tengo dicho todo y revelado, y hallarás en Él aun más de lo que pides y deseas<sup>5</sup>

Por tanto, a la pregunta de si será diferente la última de la primera palabra, podemos responder, de entrada, que no lo será porque tanto la primera como la última, son, de la parte de Dios, una palabra de amor.

Ahora bien, *esto sólo puede ser objeto de nuestra esperanza*, no es cuestión de conocimiento, de saber, de gnosis. Es importante, de entrada, ser consciente de que, en escatología, el verbo que más se conjuga es el verbo “esperar”, y no el verbo “saber”. Y hay que decir que aquí distinguimos entre *esperanza* y *espera*. Por ejemplo, yo espero (actitud de *espera*) que el tren llegará a las tres (no puedo hacer nada, sólo, quizá, desear que así sea, que el tren no lleve retraso). En cambio, yo espero (¡actitud de *esperanza!*) que seré feliz, que todos seremos felices (en este caso sí puedo –y debo– hacer algo para empezar a tener, aunque sea una cata, de esta felicidad). En el primer caso, nos encontramos con una especie de ampliación de conocimiento y de saber. Y esto es diferente del segundo caso: aquí no se trata tanto de saber. O, en todo caso, se trataría de un saber *performativo* que nos empuja a actuar en dirección de lo que esperamos. En el primer caso, la flecha iría del presente al futuro, en el segundo, del futuro al presente<sup>6</sup>. Este es el caso de la reflexión escatológica.

---

<sup>4</sup> A propósito del comienzo de la carta a los Hebreos (He 1,1).

<sup>5</sup> *Subida del monte Carmelo*, segundo libro, capítulo 22, 4-5.

<sup>6</sup> A lo que yo sé ahora se añade algo que puedo saber sobre el futuro (primer caso). En el segundo caso, el saber (o mejor, la esperanza) sobre el futuro repercute sobre el presente. Jürgen Moltmann habla también de una flecha que iría del futuro al pasado y habla de un "futuro del pasado". Querrá referirse a todos aquellos procesos del pasado que han quedado rotos por la malevolencia humana y que aspiran también a desarrollarse

A nosotros, pues, nos corresponde esperar, no saber, ni mucho menos decir, esta última Palabra. Decirla sólo le corresponde a Dios. ¡Por suerte! –podríamos añadir. Porque si la decimos nosotros, entonces puede ocurrir que:

1. O bien podemos decir (y, de hecho, decimos) que *la última palabra es cielo o infierno*. Ahora bien, decir "cielo o infierno" no es decir una sola última palabra. Aquí se habla de dos últimas palabras en la medida en que se constata que la armonía inicial de la creación se ha roto, y se ha roto para siempre. Además, ¿qué tiene que ver el infierno con la misericordia y hasta con la justicia de Dios? Es obvio que no parece demasiado compatible el infierno con la misericordia de Dios: ¿cómo puede ser misericordioso un Dios que ve sufrir a sus criaturas para siempre y no hace nada? Pero también habría problemas a la hora de hacer compatible infierno y justicia de Dios: en efecto, el infierno supondría un castigo infinito para acciones – las humanas –que sólo pueden ser finitas. Los escolásticos afirmaban: *operari sequitur esse*; tal como es un ser, así son sus acciones. Ser finito, acciones finitas. Entonces, ¿sería justo eso: un castigo *infinito* por acciones *finitas*? ¿Podemos salir, de los callejones sin salida que nos crean estos interrogantes, recurriendo a la libertad humana? No podemos olvidar, sin embargo, que la libertad es un don, un regalo<sup>7</sup> y, si la libertad sólo nos sirve "para ir al infierno", como mínimo podemos decir que se trataría de un "regalo envenenado". Además, se trata de una libertad que no es fuente del ser, que no es creadora, que no se ha situado en el "in principio". No ha tenido, por tanto, la primera palabra. ¿Podrá tener la última? En caso de que la tenga, nunca estará al mismo nivel que la primera<sup>8</sup>.
2. Podemos decir también que *la última palabra sólo puede ser el cielo*. Esto es mucho mejor – claro... Sólo que, si esta última palabra la decimos *nosotros*, el olvido, el hacer caso omiso de la historia de sufrimiento que ha habido en nuestro mundo (y, consecuentemente, el menosprecio de las víctimas) está servido. Podemos hacer como el sacerdote y el levita que miran hacia otro lado para no ver al herido que yacía al borde del camino (Lc 10,29-37)... Tenían mucha prisa por ir precisamente... ¡al templo! Pero es que no sólo se trata de eso – ¡que ya es mucho! Se trata de que la historia tiene para la fe cristiana *valor teologal*, que el mismo Dios ha entrado en nuestra historia, la ha vivido, la ha sufrido. No le es, ni mucho menos, indiferente, lo que pueda tener lugar en ella. Afirmar que sólo el cielo es la última

---

y alcanzar su plenitud. ¿Cómo? Mediante el relato (el "recuerda, Israel", de la Shema) y la anticipación. En este sentido, el sábado judío o el domingo cristiano, en aquello que pueden tener de "interrupción" de un tiempo meramente lineal ("apocalíptica es interrupción", dijo JB Metz), pueden llevar a cabo esta función anamnética (recuerdo) y proléptica (anticipación). "No es Israel quien guarda el sábado, sino el sábado que guarda Israel"- dice un proverbio rabínico.

<sup>7</sup> "Tomad, Señor, y recibid... toda mi libertad... Vos me lo disteis; a Vos, Señor, lo torno... Dadme vuestro amor y gracia, que esto me basta" –nos enseña a rezar san Ignacio al final de sus *Ejercicios espirituales*.

<sup>8</sup> Por eso el infierno solo podrá ser "creación" de la persona humana, nunca de Dios. Como si de un "anti-génesis" se tratase...

palabra da la impresión de querer liquidar con una especie de *happy end* artificial el sufrimiento que ha habido en la historia.

3. Finalmente, podemos decir que, de hecho, no habría última palabra. Esta sería la respuesta de la doctrina de la reencarnación, típica de las religiones orientales y del mismo pensamiento platónico, que ha experimentado un resurgir en nuestras latitudes occidentales, debidamente adaptada como legitimadora de ideologías de progreso que, en principio, se desea como ilimitado. Una vida humana es demasiado limitada como para poder vivir todas las potencialidades que el progreso pondría a nuestro alcance<sup>9</sup>.

► En caso de que Dios diga esta última palabra, ¿la podremos oír? ¿Cómo? En el prólogo al evangelio de Juan leemos: *la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros* (Jn 1,14). ¡Atención! El texto dice que la Palabra se hizo *carne* –no simplemente "hombre". Y, bíblicamente, *la carne nos habla de pobreza, limitación, contingencia...* y también de solidaridad porque, cuando uno se siente pobre y limitado, parece como si se fuera más capaz de hacerse solidario con quienes también se sienten pobres y limitados. Y, como se ha hecho *carne*, quizás por eso mismo Jesús fue crucificado (Flp 2,6-11). Ya se sabe: a los pobres y, además, a los que se envuelven en causas solidarias les suele tocar muy a menudo pagar las consecuencias de ello.

Esto tiene consecuencias:

1. Cuando nosotros, cristianos y cristianas, "decimos" esta última palabra –como quien recita la lección aprendida–, nunca podemos olvidar que decimos la Palabra de uno que ha sido crucificado –la palabra de un crucificado– y que sólo la podemos decir desde los crucificados o desde los últimos.
2. Al decir –nosotros– esta última palabra, no hacemos más que dar voz a nuestra esperanza, de modo que el discurso de la esperanza cristiana es, fundamentalmente, el discurso de los últimos (no tanto el *esjatos logos*, sino el *logos de los esjatoi*). Es de los últimos de donde viene la esperanza<sup>10</sup>. No en vano decimos que "los pobres nos evangelizan";
3. Y, como la esperanza no está de brazos cruzados, cuando nosotros queremos proclamar nuestra esperanza, y para hacerlo "decimos" esta última palabra, si la queremos decir con verdad, debemos tratar de hacer realidad lo que decimos. De modo que nosotros *no creemos*

---

<sup>9</sup> Cf., Medard Kehl, *¿Sólo se vive una vez en la tierra? Metempsícosis y reencarnación entre la herejía y la esperanza*. El artículo original en alemán es de *Bibel und Kirche* 49(1994) 35-41. Cito según la traducción y condensación del nº 144 de *Selecciones de Teología*.

<sup>10</sup> En la parábola del rico epulón y de Lázaro (Lc 16,19-31), acaba siendo el rico mismo quien reconoce que de Lázaro le puede venir a él el alivio de la situación en la que se encuentra. Y, en definitiva, de Lázaro le llega a él y los suyos, la salvación –o, mejor dicho, el camino que puede llevar a ella (véanse los versículos 24 y 27 de la parábola).

*tanto en otra vida como en una vida "otra"* (cf., Mt 25,31-46). Una vida que empieza aquí y ahora y que –esperamos– Dios llevará a su plenitud.

Decíamos que es desde los últimos de donde nos viene la esperanza. Quisiera explicitar y fundamentar esta afirmación. En Ef 2,11-16 podemos leer:

Por ello, recuerden que, en otro tiempo, ustedes, paganos de nacimiento, eran llamados incircuncisos por quienes se llaman de la circuncisión, ya que llevan en su propia carne una marca hecha por manos de hombre. En aquellos tiempos vivían separados de Cristo, privados de la ciudadanía de Israel, extraños a la promesa y a las alianzas. Vivían en el mundo sin esperanza y sin Dios; entonces estaban lejos, pero ahora *la sangre de Cristo les ha acercado. Él es nuestra paz*. De dos pueblos ha hecho uno solo, derribando el muro que los separaba y aboliendo con su propio cuerpo lo que les hacía enemigos: la Ley con sus mandamientos y preceptos. Así ha puesto paz entre ambos pueblos y, en él, ha creado uno solo, la nueva humanidad. Ha hecho morir en él la enemistad y, *por su muerte en cruz, los ha reconciliado a ambos con Dios y los ha unido en un solo cuerpo*.

El autor de la carta habla de la división entre circuncisos y incircuncisos. Se trataba de la máxima división que se podía dar para un judío de aquel tiempo. Un "muro" separa los unos de los otros. Pero este muro ha quedado destruido. ¿Cómo? ¿Mediante el diálogo? O ¿mediante la paciencia? O ¿mediante las tácticas posibles que nos ofrece la relación interhumana?... Todo esto puede ser necesario, pero no es ni mucho menos suficiente. Ha sido la sangre de Cristo, derramada en su muerte en cruz, la que ha acercado dos pueblos, tan separados y alejados unos de otros. Y esto, evidentemente, podríamos extenderlo a todo tipo de división y muros que hacemos los humanos (entre ricos y pobres, Norte y Sur, víctimas y verdugos...). Cuando la víctima es capaz de decir: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen" (Lc 23,34), entonces ya no hay víctima ni verdugo, porque la víctima ha dejado de serlo. Se ha destruido el muro que los separaba<sup>11</sup>.

► Escatología es, pues, el logos, el *lenguaje de los últimos*, el único desde el que podemos esperar, y aspirar a, oír la Última Palabra que sólo Dios puede pronunciar: una palabra de amor y de reconciliación para todos. Sólo desde los últimos podemos percibir y proclamar que la Primera Palabra será igual que la Última, pues esta Palabra se hizo carne, es decir, se ha hecho de los últimos.

No se trataría ahora de demostrar esto con todo detalle, pues ya se entiende que, para hacerlo, habría que desarrollar todo un tratado de escatología y no era ese mi interés con esta contribución. Quisiera, sin embargo, poner dos ejemplos de esta manera de ver la escatología aplicada a dos temas clásicos: el juicio y la fe en la resurrección.

---

<sup>11</sup> En Col 1,20 se dice también que Jesús ha puesto paz entre el cielo y la tierra, *mediante su sangre en la cruz*. Y en Mc 15,38 se nos dice que se ha rasgado el velo del Templo, que separaba lo profano de lo sagrado. Y esto en el momento de la muerte de Jesús en cruz.

En primer lugar, el tema del Juicio. "Vendrá (volverá) a juzgar con gloria vivos y muertos" – proclamamos en el Credo. Pues bien, desde este punto de vista que hemos esbozado, podríamos ver como el tratamiento del Juicio no podría transmitir la visión de un dios airado que nos viene a pedir cuenta hasta el último céntimo y que puede emitir por igual un veredicto de inocencia o de condena<sup>12</sup>. "Si tuvieras en cuenta las culpas, ¿quién se podría resistir? Pero es cosa tuya perdonar y eso es lo que nos infunde respeto "(salmo 130). Este Juez escatológico que vendrá con gloria, no vendrá con una gloria deslumbrante para destruir a sus enemigos, sino que vendrá con una gloria que no pretende otra cosa que dar vida, y vida en plenitud. *Gloria Dei vivens homo* –proclamaba Ireneo de Lyon. Y en el evangelio de Juan podemos leer: "he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia" (10,10).

Además, se entendería este Juicio como *radicalmente*, y no tanto cronológicamente, *último*, pues se trata de un Juicio que sólo se puede hacer desde Dios y desde los radicalmente últimos. Por eso mismo, no hay que esperar este Juicio para finales de todo, sino que también ahora tiene su vigencia (juzgará vivos y muertos). Y por eso mismo toda utopía que quiera arreglar la situación de esta historia de la manera más perfecta que se pueda imaginar también tiene que pasar por el tamiz del juicio, porque siempre corre el riesgo de dejar gente fuera, y es desde esta gente que se ha quedado fuera y marginada, desde estos últimos, desde donde se lleva a cabo el juicio de Dios (cf. Jn 12,8).

Finalmente, el juicio de Dios debería entenderse desde Jt 2,11-19. En este fragmento del libro de los Jueces se nos muestra como los jueces no aparecían en medio del pueblo para certificar que, efectivamente, el pueblo había obrado mal y por eso era merecedor de los sufrimientos que le infligían los pueblos enemigos. Los jueces tenían una función salvífica, de tal manera que *el juicio de Dios es casi lo mismo que la salvación de Dios*. O dicho de otro modo: el juicio sería como la curación de todas nuestras heridas porque en todos nosotros hay un ser herido y sólo Alguien herido –y herido de amor– nos puede curar (cf. Is 53,5; 1 P 2,24 )<sup>13</sup>.

Estas "heridas de amor" son las que muestra el Resucitado en su aparición a los discípulos (Jn 20,19-29). Y, de hecho, la resurrección no es lo mismo que *inmortalidad del alma*. Esta priorizaría la

---

<sup>12</sup> Los frescos de la Capilla Sixtina hablan bastante elocuentemente de esta manera de ver que se ha instalado en el corazón de los creyentes, sustituyendo el *Marana tha* –ven, Señor Jesús– de los primeros cristianos y que aún proclamamos a la eucaristía, por el temible *Dies irae*, que se espera, y no con demasiada deseo, para finales de la historia – ¡y lo más tarde posible! Aquí, ciertamente, la innegable majestuosidad y belleza estética de la obra de arte parece encubrir el mensaje de alegría y de expectación de la venida del Señor que deberían transmitirse.

<sup>13</sup> Volviendo a san Juan de la Cruz, en las últimas estrofas de su Cántico podemos leer: " En soledad vivía / y en soledad ha puesto ya su nido / y en soledad la guía / a solas su Querido / *también en soledad de amor herido*". Cabe decir que quien primero se manifiesta herido es el buscador de Dios (*habiéndome herido*), pero, al final, quien en el fondo está herido de verdad es Dios mismo.



salvación de los aspectos más nobles de nuestro ser (alma), en una especie de dualismo insuperable entre cuerpo y alma o individuo y colectividad. En cambio, la resurrección es resurrección de la *carne*<sup>14</sup>. Y la carne –ya lo decíamos –implica finitud y contingencia, por una parte, y solidaridad interhumana, por la otra. Por eso mismo, hablar de resurrección – ¡y de resurrección de la carne!– implica afirmar que Dios nos ama mucho más de lo que nosotros nos amamos a nosotros mismos, en la medida en que quiere salvar aquellos aspectos de nuestra realidad que a nosotros nos parecerían menos "salvables". Y que no sólo nos quiere salvar individualmente, aislados unos de otros, sino *corporalmente*, como Cuerpo de la Iglesia y de la humanidad. Y esta verdad –aunque aspira a ser verdadera (valga la redundancia) en toda su plenitud –no cabe posponerla para un más allá "espiritualizado" (en el sentido peyorativo que puede tener la palabra), sino que hay hacerla realidad, o empezar a hacerla realidad, aquí y ahora: "ya que han resucitado con Cristo, busquen las cosas de arriba" (Col 3,1).

Todo esto culmina en la realidad del CIELO, meta de nuestra peregrinación. Se hace muy difícil hablar sobre esto. Para decir algo creíble habría que ser o un santo, o un místico, o un poeta... o, simplemente, ¡un enamorado! La palabra teológica, según como, por muy elevada que sea, se queda bien corta. Jesús hablaba con imágenes y lo hacía de tal manera que suscitaba la pregunta: "Maestro bueno, ¿cómo haré para conseguir la vida eterna?" (Mc 10,17-22). Nos cuenta el evangelio que el que hacía esta pregunta a Jesús ya lo había "hecho" todo para conseguir la vida eterna. Pero el Evangelio añade un detalle importante: "Jesús lo miró y le *amó*". Helo aquí: sentirse querido y querer... ¡Esto es el cielo! Realidad que ya comienza aquí y que llegará a su plenitud en esa tierra prometida donde Dios mismo enjugará nuestras lágrimas y será nuestra alegría sin fin.

Josep Giménez Melià, SJ

---

<sup>14</sup> *Caro cardo salutis* –decían los Padres de la Iglesia (Tertuliano, por ejemplo): la carne es el umbral por donde nos llega la salvación.